

LA TIERRA

JARDÍN del este, lujo de la aurora,
anclado en flor sobre la miel marina.
Valles donde la abeja se demora
gastando su jornada cristalina
y en brasa de panal su pecho dora.
Adolescente alcor, núbil colina
en fuga, en juego y en labor secreta
sobre la antigua arruga del planeta.

Sobre su corazón que al día asoma
la piel mordida por el liquen frío
entre el curvo silencio de una loma
y la porfiada juventud de un río,
para gozar un roce de paloma
o el rizado relámpago de un pío,
cuando setiembre una velluda gema
enciende y pule en cada frágil yema.

Oh tierra del aprisco y de las eras
que en corderos balbuce, en trigos canta,
y sobre el fijo ondear de sus praderas
con voz oscura, de fluvial garganta,
en himno de premiosas primaveras
al oro del estambre se levanta.
Oh suave, oh clara, oh fina criatura
que en salado diamante se clausura.

Viene el pampero de ala turbulenta
por un austral camino de gaviotas.
Tu oro borra con pluma cenicienta,
cuaja en tu azul sus lágrimas remotas,
y en el abrazo de salud violenta,
pájaros, nubes y corolas rotas,
por un instante del amor quemados
en ancha muerte giran derramados.

Del norte soplan los alientos finos,
los húmedos vocablos forestales.
Arenas y clamores sibilinos
de las profundas savias tropicales.
Y el viento que en sus ámbitos hialinos
solivianta a las turbas germinales,
oye subir a la mazorca rubia
en el futuro canto de la lluvia.

Oh rumorosa tierra de las fuentes.
Agua orquestal tu oscura voz corea.
Entre las gramas de hálitos ardientes
un cristal sin fatigas escarcea:
curva los ademanes eminentes
del espinoso tala y se recrea
en turbadora sangre y miel bravía
cuando en la flor del ceibo inicia el día.

Oh tierra, tierra de la joven gracia.
Niebla pradiad ahonda tu cintura.
Borra tu amor la yerma contumacia
en edénico gesto de frescura.

Combando el aire, tu florida audacia
angélicas sonrisas inaugura
y el maternal respiro que te mece
larga generación al cielo ofrece.

EL GUERRERO SECRETO

UN HIJO te oye, te contempla, te ama.
Un claro niño que los soles miman.
Tu idioma en sus oídos se derrama.
Con su latido tus latidos riman.
Su rostro enluzca tu escondida llama
y su callado corazón animan
el soplo que frecuenta a los manzanos
y el aliento cereal que hinche tus llanos.

Un hijo ausculta tu soleado pecho,
palpa tu resplandor, toca tus venas,
en tu rítmica hierba hace su lecho,
su pie desnudo esculpe tus arenas.
Alegre mide tu recinto estrecho
caliente de trigales y colmenas,
y el claro infante, con oscura ciencia,
vago laurel inclina a tu obediencia.

Sobre el corcel que tierno ollar dilata
y crespa nube al aire duro fía,
en diamantino trebolar desata
elástico galope al alba fría.
Un silvestre clarín truena su plata
y el espolazo en el ijar porfía.
Secreta diana que a la sangre acude
y al guerrero recóndito sacude.

Ojos de recia stirpe matutina
a través de las águilas pulsados.
En las vertientes de la luz marina
y en primavera mineral cuajados.
Sobre la vaga tierra columbina
en sigiloso cielo disparados,
miran y ven, de sangre y pensamiento,
nuestra flor, nuestra espiga, nuestro viento.

Sobre la crespa sierra el potro duro
el embridado cuello al sol arquea.
La peña enciende con el casco puro
y entre zarzales vírgenes flamea.
Reto de espuma, por el flanco oscuro,
luce su flor la montaraz marea
que azuza y doma, en íntimo entrevero,
la diestra del pausado caballero.

La bestia amarga en la humildad emboza
su erizado vigor, el joven fuego
que la cándida entraña le alborozza
y desmandado en el riesgoso juego,
ya por las lindes de su piel retoza
en lidia rosa y en secreto riego,
cuando el fresco rumor de una pradera
comenta en verde trueno la carrera.

Sumando valles, arrugadas crestas,
finos alcores rubios de flechilla,
abras de seda y espinosas cuestas,
el arriscado ¡no! de una cuchilla,

y el huracán ademán de las florestas
que al escondido campeador se humilla,
la Patria adulta en su sonrisa asoma,
encerrada en un vuelo de paloma.

Sufre el trébol de pálida garganta
la huella del bridón, sus remos de oro,
que en los seguros donde el agua canta
cristales izan en ardiente coro.
Y el galope que al sueño se adelanta
descubre y turba el íntimo tesoro
que en muelle brega la enmelada umbría
para las ciervas amorosas cría.

Allí donde la nutria se pasea
en lustroso vaivén de bronce vivo;
donde en turbio juncal la garza albea,
y el aire enciende al puma sensitivo
con la noticia que en su voz alea,
allí la sombra del jinete altivo
hierva de aromas entre el agua pura
y el florido olear de la espesura.

Donde un gozo frutal de lechiguana
dora la sierra y encabrita al viento.
Donde en arbóreos tremolares mana
la verde fuente de trinado aliento
que sobre el rizo de la grey enana
chisporrotea su gemado cuento,
y ojos de aguda lumbre y miel serena
en el guazuvirá, remota, estrena.

Donde instrumenta su caudal la brisa
en los copihues y las pasifloras,
donde su queja celestial se irisa
rozando helechos, esculpiendo moras,
y a la sutil orquestación sumisa
silbos destila en lágrimas creadoras,
allí cultiva el Héroe su futuro,
 nombra a la Patria y permanece oscuro.

EL DESTIERRO

GOZANDO las labores del rocío
que en ardiente cristal custodia el huerto;
cuando levanta su cogollo frío
la pálida hortaliza en sol despierto;
y en constelada lengua el labrantío
su verde calendario luce abierto,
lirios pronuncia la mirada zarca
y asoma la sonrisa del Patriarca.

La mano que en las crines turbulentas
del potro ejercitaba su escultura,
y en un ferrado oficio de tormentas
fraguaba su campal progenitura;
la que enfrenó las ráfagas violentas
por intemperies de prosapia oscura,
en arrugada mansedumbre sueña,
del rumoroso laberinto dueña.

La mano que las águilas domaba,
umbelas y corimbos acaricia.
La que con sangre el viento embanderaba,
es al majuelo tímido propicia.
Está de polen y de abejas flava
la mano de la máscula justicia,
y frecuentando espigas y rizomas
suma el casto caudal de los aromas.

Él, que condujo a un pueblo enamorado
y le soñó sus sueños y su escudo,
aquí crea su pan, gasta su arado,
y aquí le tomará su dios, desnudo.
Porque este labrador de fuego honrado
que con el oro de la tierra pudo,
parte con el hermano su cosecha
y un solo grano por demás, desecha.

Entre los laboriosos naranjales
que estrella el azahar, el Héroe pasa.
Más allá de los cánticos fluviales,
más allá de la selva, está su casa.
Corazón de silencios torrenciales
que el fino Oriente aguija con su brasa,
humilde, mudo, anclado en su renuncia,
en un temblor de labios se denuncia.

Después del arrozal y de las cañas,
más allá del brumoso algodónero,
mirándose en las lúcidas entrañas
entorna ausentes ojos el guerrero.
Vagos clarines, ráfagas hurrañas
soplan del este en musical venero.
Humilde, mudo, en su renuncia anclado,
borra el paisaje el Héroe ensimismado.

MEMORIA DE LA HAZAÑA

ERA AL principio la ávida simiente,
que en él buscó los limos y las sales.
Su rostro, abecedario de la fuente,
vio las lentas jornadas pastorales.
Diezmo pagó su juventud fluente
en largo amor a salvias y zorzales,
y echóse a andar delante de su sueño,
en atezada piel, muslo cenceño.

Él era el fuerte, el grave, el elegido.
Los hombres que anduvieron a su flanco,
pensaban con la sangre y el latido,
bullente el pecho y el cerebro en blanco.
Él les abrió con salmos el oído
cuando ya amaban su silencio franco
y aquella lumbre que en mitad del día
en torno de sus sienes se veía.

Después fue el cauto sismo de raíces.
Circulatoria lengua de meteoros
en virginal asombro de matrices
pregonó el despertar de sus tesoros.
Se estremecieron médulas felices
aborrascadas de íntimos azoros,
y un grito en flor de lágrimas opresas
inundó las recónditas dehesas.

Finaron los tranquilos pastoreos.
La rumia vespéral en los bajíos.
En los montes los cálidos zureos
y la eclógica siesta de los ríos.
Oyéronse galopes y jadeos.
La sed fundió en los belfos sus estíos
y en confuso tropel la Patria alerta,
y en plinto ecuestre, se encontró despierta.

Él era el grave, el elegido, el fuerte.
Le honraron el amor y la obediencia.
Y le siguió su ejército a la muerte
vestido de laurel y de inocencia.
Vestido sólo del laurel que vierte
su amargo sol de herida y penitencia,
y con el hambre que en su reino huero
tuvo arpado aguijón por compañero.

Él era el fuerte, el grave, el elegido,
y la envidia reptó sobre su lumbre.
Al traidor, al cobarde y al vendido
acogió en caridad su mansedumbre.
Su pedestal fue el pueblo, defendido
de discurso falaz y podredumbre,
y de su boca donde Dios soplaba
tomó las puras leyes que le daba.

Iberas garras en Las Piedras romas,
y fratricidas fauces en Guayabos,
antes del viento blanco de palomas
que el estigma borró de los esclavos.

Antes que sus andrajos y carcomas
a la hoguera lustral diesen los bravos,
cuando el Héroe miró en el ara hundida
y la primer bandera fue encendida.

El himno y la oración juntos se abrieron
en el alba más tierna del olivo,
y en columna de arcángeles subieron,
¡oh tromba celestial del pecho vivo!
Avenidas de música fundieron
ígneo bronce y salterio sensitivo,
porque en llama y temblor y melodía
edificaba el pueblo su alegría.

Regresaba a las trojes la abundancia
y a las tahonas la nivosa fiesta.
Los frutos extenuaban su fragancia
y el pez bruñía la colmada cesta.
Urgido el huerto en amorosa instancia
multiplicaba su florida cresta,
y en aras de la paz las criaturas
rendían sus primicias y grosuras.

Y dijo el Protector a sus leales:
Estoy aquí por un favor del cielo.
He venido a sufrir de vuestros males
y por vosotros doblaré mi celo.
Todos sois mis hermanos, mis iguales:
lidia sin sangre os traiga pan sin duelo,
limpio sudor y sueño sin alarmas.
Descansad en el seno de mis armas.

Fueron cinco provincias las que oyeron,
la sangre tensa y el discurso mudo.
Fueron ricas comarcas las que abrieron
estrella pentalúcida en su escudo.
¡Oh rosa federal con que ciñeron
al suave Padre en jubiloso nudo!
Al unísono ardor cinco latidos,
y en sólo una sonrisa confundidos.

La capital que un vuelo amurallaba
rostro de barro y libertad tenía,
y en su sitial de hierba señoreaba
creciendo en patriarcal sabiduría.
Y el rayo vino a consumir su aljaba
en Purificación de la alegría.
Fue la injusticia sobre el tierno muro,
la iniquidad sobre el Profeta puro.

Su verbo estaba limpio como un río,
como hontanar entre arrayanes era.
Y los hombres armados con su brío
salieron a labrar la primavera.
Sobre temprana flor cayó el rocío
y en dulce trance estaba la pradera,
cuando el pueblo y su padre cristalino
vieron llegar azote y torbellino.

Harto abrasaba el resplandor bullente
que al Pastor serenísimo asistía,
y aquella potestad de miel frecuente
que muchedumbres en amor regía.

Harto pesaba a la enemiga gente
su corona de mirto y de agonía,
y en arrancarla al fin con mano lucia
sutil jornada consumió la astucia.

Blandió el arcángel férrea llamarada.
Desenguantó el león garra febea,
y otra vez al calor de su mesnada
salió a enfrentar la ofídica marea.
Odio y traición mordieron en su espada,
no el lusitano fuego en la pelea,
y fue manchada la celeste pluma
y roída la zarpa hasta la espuma.

LA MUERTE

SOL AMARGO, agua amarga, amargo viento
y amarga sangre para siempre amarga.
Vencido y solo en carne y pensamiento,
y el sueño antiguo por tesoro y carga.
Quiso callado y solo y sin lamento
sorbo a sorbo agotar su fuente larga.
Miserable señor de su destino,
de espaldas a la aurora abrió el camino.

De espaldas a su Oriente y a su gloria,
y hueso adentro una centella vaga,
mordió el seco laurel de su victoria
y nunca fue curado de su llaga.
Terco agujijón de luto su memoria,
en toda miel ejercitó su plaga.
Y entre las brumas del silencio agrario
fue una lenta sonrisa su calvario.

Pero entre sus espigas y sus flores,
cuando la muerte le entreabrió las puertas
el guerrero de blancos resplandores
dianas oyó por las borradas huertas.
¡Mi caballo!, gritó: y en los alcores
resonaron angélicos alertas.
¡Mi caballo! Montó el corcel sombrío,
y tendió su galope sobre el frío.

LLANTO DE CARUMBÉ

LA MITAD de la sangre
¡ay, Carumbé!
de espaldas en el trébol,
la otra de pie.
La mitad de la sangre
sobre el laurel.
Llanto, ¡ay!, llanto, llanto
por Carumbé.

Cerros del aire indio
¡ay, Carumbé!
Gimen las lechiguanas
sobre su miel
y se oye el silbo negro
del caburé.
Llanto, ¡ay!, llanto, llanto
por Carumbé.

Primavera del llanto
¡ay, Carumbé!
Ultrajadas espigas,
agrio clavel.
¿Dónde hallar una hierba
que enjuta esté?
Llanto, ¡ay!, llanto, llanto
por Carumbé.

La mitad de la sangre
¡ay, Carumbé!,
la mitad de la patria
sobre el llantén.

Rojos corren los peces
en el Cuareim.

Llanto, ¡ay!, llanto, llanto
por Carumbé.

Paloma de niebla,
vidalitay,
por los dulces valles.
Alas de agonía,
vidalitay,
piquito de sangre.